

DOS POEMAS DE CATULO

(1)

Vivamos, Lesbia mía, y amémonos,
y las murmuraciones de los viejos severos
pensemos que no valen un ardite*.
El sol puede morir y renacer;
nosotros, cuando muera esta breve luz,
tendremos que dormir una noche perpetua.
Dame mil besos, luego cien,
luego otros mil, después cien más,
todavía otros mil y luego cien
y, al fin, cuando contemos muchos miles,
confundamos la cuenta para no saber el total
y para que ningún malvado pueda aojarnos**
al saber que los besos han sido tantos.

(2)

Odio y amo. Tal vez preguntes cómo puedo hacerlo.
No lo sé, pero lo siento así y me torturo.

*En el original, “y no nos importen un as”, expresión proverbial entre los romanos para indicar menosprecio. El as era una moneda de bronce (Traducción y nota de Miguel Dolç).

**Echar mal de ojo.

No podíamos dejar solo, en esta sección, a Horacio. De entre los grandes poetas de la Roma imperial (Virgilio, Propertio, Ovidio...), escogemos, para acompañarle y acompañarnos, al veronés **CATULO** (¿87-54 a.C?).

De su vida, sabemos que perteneció a una familia de renombre; que tuvo una formación “modelada por completo sobre el tipo griego”; que se estableció, amó y odió en Roma, llevando una “vida brillante y disoluta”; que, en fin, murió muy joven. De su obra, nos quedan 116 piezas, que hacen de él, en sus poemas más personales, dominados por la figura de su amor, Lesbia (nombre fingido), “el mayor poeta lírico de Roma”, una mezcla “de suavidad y de crudeza”, como indica Miguel Dolç, de quien entresacamos estas citas. Te ofrecemos dos muestras, en versiones de Luis Alberto de Cuenca y Antonio Alvar.